

CAROLA Y EL ROCIADOR

Carola estaba vestida para ir a una fiesta de cumpleaños. La mamá acababa de ponerle el hermoso vestido blanco y atarle el cabello, bien peinado, con una linda cinta rosada.

- Ahora vestiré a Mariela -dijo la mamá -. Quédate tranquila, Carola, hasta que termine con ella, y no te ensucies la ropa.

- No, Mamá -respondió Carola -. Me portaré bien.

Saldré a caminar por el jardín para sentir el perfume de las flores. ¿Está bien?

-Sí -dijo la mamá -, pero no te manches la ropa mientras esperas la hora de la fiesta.

La mamá comenzó a vestir a Mariela, a peinarla, mientras Carola caminaba por el jardín, aspirando el perfume de las flores, como le había prometido a la mamá.

Pero era una tarde calurosa de verano, y mientras esperaba que su hermana estuviera lista comenzó a sentir cada vez más calor.

Después de un rato notó que el vecino había conectado la manguera con un rociador para regar el césped, y una lluvia fina se esparcía en un gran círculo. Parecía hermoso. Caminó hasta el borde de ese círculo y extendió la mano. ¡Qué fresca se sentía el agua! Unas gotitas cayeron sobre sus mejillas y le pareció hermoso.

Se acercó un poco más. Pronto la lluvia fina caía sobre su cabeza, y comenzó a gotear de su cabello. Le gustaba. Finalmente, olvidándose de la fiesta, se acostó en el césped junto al rociador y dejó que el agua cayera sobre ella. ¡Qué refrescante!

En ese momento salió la mamá de la casa con Mariela, perfectamente vestida y reluciente de la cabeza a los pies.

- ¡Carola! -llamó la mamá -. Es hora de ir a la fiesta de cumpleaños. Mariela ya está lista. ¿Dónde te has metido?

La voz de la mamá denotaba un poco de ansiedad, pero Carola no respondió.

En eso la mamá miró hacia el césped del vecino, ¡y qué sorpresa! Allí estaba Carola, acostada en el césped, junto al rociador, mirando cómo la fina lluvia caía sobre ella. Su precioso vestido de fiesta estaba hecho una lástima, y su cabello tan bien peinado chorreaba agua.

-¡Carola! -exclamó la mamá- ¿Qué estás haciendo? y sin esperar respuesta corrió hasta donde estaba Carola, la levantó y la llevó chorreando a la casa. Lo que ocurrió después lo dejaré para que ustedes lo imaginen, pero lo que se oía a través de la puerta no parecía muy agradable.

Carola aprendió, de una manera dolorosa y triste, que olvidarse de una promesa y desobedecer a mamá son dos cosas que una niña nunca debe hacer.